

línea de vida de algunos años, en que se desarrolla una experiencia cualquiera —la vida de una persona—. Una especie de viaje al través del mundo... Ese es mi punto de partida. No tengo y plan. No tengo una concepción absoluta. No veo yo una mitad ni un final, y empiezo de la manera que mi subconsciente me dicta que puede ser el principio...

—¿No se plantea una tesis?

—No sé exactamente lo que es una tesis. Oigo hablar mucho de tesis: supongo que una tesis es el planteamiento de alguna idea... No siento eso... No me interesa eso... Porque lo mío es una experiencia vital, y una experiencia vital no tiene esquema de ninguna clase: no es más que un trozo de vida, un viaje que ha hecho un individuo, por la tierra y el tiempo, por su ciudad o por su propio panorama afectivo... Cuanto a las simples incidencias, ellas aparecen en el momento en que estoy escribiendo y no antes. Vienen atraídas por la simpatía de los acontecimientos, por el magnetismo de los hechos.

Me refiere que prepara una novela sobre su propia vida amorosa. Se le ocurrió hace unos años, mientras viajaba por el Caribe, y lleva cerca de doscientas páginas escritas. Pero la obra no tiene título aún. Ni siquiera provisional. Al preguntarle por su novelas, solamente cita dos: *Lanchas en la Bahía*, e *Hijo de ladrón*. Llama "ensayos" a lo escrito en el intermedio. No toma en cuenta *El hombre de los ojos azules*, novela corta que le abrió las puertas del género, delatando una originalidad vigorosa, decidida. E insiste en que ambas son producto de la experiencia. Recalca esta última palabra a cada instante. Es su clave. Su razón de ser en la literatura. Por eso todo lo suyo tiene ese calor de humanidad. De una humanidad a veces tierna y a veces cruel; pero siempre sin cosméticos. El lo achaca a que carece de imaginación: "No puedo inventar muchas cosas, sino pocas cosas..." No es cierto. Puede, podría imaginar las que quisiera, pero, según su mismo decir, "eso no le interesa". El busca los jugos de la vida, palpitantes, reales. Y como su propia vida ha sido llena de altibajos, nutrida de peripecia, llevada y traída por marejadas de ventura y desventura, no necesita decorar.

—¿Escribe todos los días? (Es la búsqueda de una disciplina).

—Desgraciadamente, no escribo todos los días, aunque últimamente he hecho todo lo posible... Por lo menos, si no escribo, copio, o leo, o corrijo, que

es también un trabajo fundamental.

—Saltando un poquito en la conversación: ¿quién le parece a Ud. que es ahora el mejor novelista de América? ¿Cuál es más de su agrado?

Vacila.

—Debo confesarle que... no conozco exactamente a todos los que hoy escriben novelas en América. Los contemporáneos, generalmente, no nos conocemos. Por el lado de Argentina, no conozco ninguno que me agrada. Son demasiado criollistas. Otros, son demasiado intelectuales. A muchos mexicanos, no los he leído. Quien me gustó mucho fue Martín Luis Guzmán, en *El aguila y la serpiente*. Fuera de él, Mariano Azuela, con *Los de abajo*. Es una gran novela. Después... de los que están escribiendo actualmente, conozco muy poco; pero he de confesarle que me atraen poco porque son demasiado criollistas. Hay novelas cubanas o ecuatorianas que yo no puedo leer porque no entiendo lo que dicen...

—¿De Chile?

—De lo último que he leído, *El vado de la noche*, de Lautaro Yankas, me gustó bastante. Fui miembro del jurado preliminar, no del que le otorgó el premio. El libro indica mucha madurez. Es serio. En 1955 se publicó *El tiempo banal*, de Atías: eso sí es una novela que me agrada, pues ahí no hay ningún afán de criollismo, sino la observación de la vida de Santiago, de algunos personajes, sin ningún carácter folklórico. De los otros... Por ejemplo, *D'Halmar*, lo encuentro muy retórico. A Latorre, demasiado criollista. No puedo entender esas cosas. Exactamente eso me ocurre a veces con Luis Durand: se me es-

capa el contenido de los diálogos... Se requeriría una multitud de notas al pie para explicar los vocablos. Me parece un obstáculo para la expansión de nuestra literatura, incluso en Hispanoamérica... Si un escritor no entiende a otro, no puede leerlo.

—Sostiene usted un parecer que yo estoy sosteniendo por escrito desde hace algún tiempo, y que en mi país no ha sido siempre bien recibido. Pero hay que pregonarlo. No podemos comunicarnos si no hablamos el mismo lenguaje. Eso es evidente.

—Sí: hay mucha gente que dice: "¿Y por qué no nos conocemos tanto los argentinos y los chilenos y los peruanos?"... Porque no nos entendemos. Hay en Chile una obra que se llama *Los isleños*, y que sacó un premio en el concurso... Yo no sé, no entiendo qué es lo que habla esa gente. Todo me es desconocido, a pesar de conocer tanto la Argentina. El lenguaje mismo me parece absurdo. ¿Qué interés tiene el reproducir fonéticamente el lenguaje, cuando lo interesante es lo que el hombre está pensando y hablando, y no la forma en que lo está hablando?...

Cuando el tiempo haya pasado y las letras de Hispanoamérica conquisten amplio territorio —cada día se expanden más— se comprenderá hasta qué punto tenía razón en la entrevista, este hombre grande y recio, de andar torpe, de mirada vivaz, de palabra sincera, que se llama Manuel Rojas y es, desde ayer, titular del Premio Nacional de Literatura de Chile.

Hugo Lindo

Santiago, Chile, 15 de junio de 1957.

## CON LOS CUENTISTAS DE CENTRO AMERICA

A solicitud del futuro editor, preparo la 2ª Ed. de mi *Antología del cuento moderno centroamericano*, publicada por la Universidad de El Salvador en 1949-50. Son dos tomos, con escasa representación de Costa Rica y de Honduras, por falta de información oportuna.

Para superar esta deficiencia en la 2ª Ed., ruego muy encarecidamente a los cuentistas de Centro América —y en especial a hondureños y ticos— me hagan llegar su *curriculum vitae* y algo de su producción relatística, dirigiéndose así:

Hugo Lindo  
Casilla 10295  
Santiago - Chile

Y gracias de antemano.—H. L.